

EL BUITRE NEGRO

SEUDÓNIMO: SAKAMUNI

Querido Germán:

Hacía ya tiempo que el buitre negro de la separación sobrevolaba nuestra relación. Se había dado cuenta de que se encontraba moribunda y planeaba, pacientemente, esperando el momento en que exhalara su último suspiro.

Debimos haber advertido que estaba enfermando cuando empezó a despertarse por las mañanas cansada y ojerosa, pero no lo hicimos. Tampoco cuando compartía con nosotros una cama en la que tiritaba de frío y de silencios. Cerramos los ojos, creímos que sanaría sola, ignoramos los síntomas, confiamos despreocupadamente en que aparecería un remedio. Dejamos que el tiempo pasara, olvidando que cada día estaba más desmejorada, más pálida y más delgada. Hasta que un día no se levantó de la cama. Tampoco entonces le prestamos la atención necesaria. Seguimos viviendo, respirando, actuando, simulando sentir lo que no sentíamos, engañándonos, fingiendo, mientras ella agonizaba de pena y de desidia, de indolencia y abandono. Yacía exhausta, pero nosotros continuamos sin hacer nada. Arrancándole excusas a la indiferencia, cayendo en la incuria y la desatención, dejando que muriera sola en aquellos setenta metros cuadrados que los tres compartíamos sin ponerle el termómetro, sin llevarle un vaso de agua, sin alimentar su cuerpo exhausto y dolorido.

Cuando esta mañana nos hemos despertado lo primero que hemos notado ha sido el olor putrefacto de la muerte. Hemos buscado el origen y, a pesar de nuestra ceguera, en seguida lo hemos encontrado. Aquí, en nuestra cama, entre nosotros, yacía totalmente inerte nuestra relación, aquella que no habíamos sabido cuidar, aquella que agonizó durante largo tiempo sin que le proporcionáramos atenciones ni medicinas. La hemos mirado con tristeza, pero no hemos derramado ni una lágrima. Ha llegado, Germán, el momento de dejar que, por fin, se lance sobre su presa el buitre negro de la separación.

Lucía